

el cordón umbilical, cuando rompemos con nuestros carceleros, cuando se vomita resaca intelectual es cuando realmente nos hacemos habitantes de lo insólito.

La comunidad campestre de Allen Ginsberg participa en los festivales del Verbo Contrario. Todos y cada uno de sus miembros protagonizan el «Teorema del Absurdo», cuya regla de oro es el inconformismo de resistir. En la impavidez, se rebelan frente a los convencionalismos de Occidente. Lo cual es sustancialmente distinto a la evasión y, por ende, positivo y categórico.

Allen Ginsberg, poeta de la Consciencia Vital, reza en sus versos el aislamiento de Krishna. Escribe sus poemas con entrega de virtuosismo mental: «¡Hare Krishna! ¡Krishna Hare Krishna! ¡Hare Rama!». Ginsberg, trovador y mensajero, preceptúa un fervor extraordinario hacia la Naturaleza. Su poesía es premisa del Nirvana: huir de la acción y entregarse al yoga. Esto es, la liberación mediante la renunciación: el hinduismo y la forma de visión universal. ■ **JOSE LUIS VELASCO FERRER** (Madrid).

«CIUDAD DEL ARTE»

Uno, que es de provincias, hace de vez en cuando un viaje-cillo a la capital para ver las últimas novedades de teatro y hacer el clásico recorrido por



los museos y galerías de arte. A la llegada, uno siempre se encuentra con sorpresas: nuevos edificios, calles levantadas, escaleras, etcétera. Por eso me solidarizo con la carta publicada en TRIUNFO, número 506, sus-

crita por don Manuel Ceballos, ya que se empieza a decir de Madrid: «Ciudad del arte... ¡pero en los museos!» ■ **JORGE LAMY** (Vitoria).

DE LA EQUIS A LA JOTA

A pesar de que la noticia ya se publicó en nuestra prensa regional, me dirijo a TRIUNFO por si juzgan oportuno publicar en su sección «Lectores» este botón de muestra de lo que se está haciendo con nuestra lengua.

Hace unos días, un taxista de Rianxo (con equis) colocó en la franja lateral de su taxi el nombre que estos profesionales están obligados a llevar en su vehículo, correspondiente a la población en la que ejercen sus actividades. Pues bien, el taxista en cuestión decidió, en buena lógica, estampar en la carrocería de su coche el nombre de la población en gallego. Y ahí comienza el —a simple vista— problemita, pero, en realidad, el triste caso de este trabajador. Ya tenemos a nuestro taxi paseando por las calles rianxeiras (con equis), el flamante nombre del pueblo natal de Castelao (¡para mayor paradojal). Acertada la expresión de que hasta aquí todo iba sobre ruedas. Pero ya se sabe: nadie se baña dos veces en el mismo río, y el taxi, corroborando la sentencia del filósofo, casi no tuvo tiempo de recorrer dos veces las mismas rúas. El taxímetro municipal corta la carrera de modo inmediato: el nombre gallego de Rianxo (con equis) debe apearse para dar paso al nuevo viajero: el nombre castellanizado de Rianjo (con jota). Sí, sí, y además todo debe hacerse con la mayor presteza, porque la notificación firmada por el señor alcalde rianxeiro (con equis, por mucho que él se empeñe en ponerle la jota) conmina al osado taxista que el nombre de Rianxo (con equis) ha de ser cambiado en un plazo improrrogable de cuarenta y ocho horas por el de Rianjo (con jota), transcurrido el cual, si todavía permanece la equis en los flancos del vehículo, podrá retirársele la licencia municipal que le permite explotar el taxi.

Así de sencillo, así de indignante. Podrían sacarse muchas conclusiones de este hecho, pero prefiero colocar como guinda ornamental a mi relato ninguna palabra más: sin palabras. ■ **JAIME ARNOT LOPEZ** (Santiago de Compostela).

EGUILLOR



FIN.